

concilio XI de Toledo (675); Hospital, quien envía en representación al diácono Asturio en el concilio XII de Toledo (681); Sármata, en los concilios de Toledo XIII (685) y XV (688), que se hace representar en el concilio XIV de Toledo (684) por el diácono Juan; y Witiscló en el concilio XVI de Toledo (693) (*Colección Canónica Hispana*).

El final de la Iglesia visigoda en *Valentia* es confuso. En la invasión árabe de 711 la catedral se salvó a raíz del pacto de Teodomiro con los recién llegados a quienes representa Abd al-Aziz ibn Musa. El pacto se fecha en 715. En sus términos Teodomiro acepta la *dhimma* o sumisión de los cristianos en buena parte de la región levantina con las salvedades de *Dianium* (Dénia) y *Saetabis* (Xàtiva). Esos dos casos se debían a cualquiera de estas razones: fuga de sus autoridades, resistencia por la fuerza a los soldados del islam o conquista desde el interior por Taric, quien no suscribe el pacto. La tercera hipótesis es muy probable en el supuesto de *Saetabis*. Los cristianos pasan a ser «gentes del Libro». Los árabes reconocen los privilegios de Teodomiro y sus compañeros y se comprometieron a respetar la religión de los vencidos y a no quemar sus iglesias (TARRADELL-SANCHIS GUARNER, 1975, 211-214). Así se explica la fase mozárabe del cementerio anexo. La catedral sólo se destruyó en 778 cuando el califa omeya Abd al-Rahman I sofocó la revuelta proabbasí de al-Saqlabi. La sede mozárabe de *Valentia* vuelve quizás a instalarse en la basílica de San Vicente de la Roqueta donde convive con los monjes allí establecidos. Es entonces cuando se debieron dividir las reliquias de la catedral, aunque no las de San Vicente de la Roqueta, entre los mozárabes de *Olisipo* (Lisboa), los monjes de San Vincenzo al Volturno (Italia), fundado precisamente en el siglo VIII, y las catedrales de Monenbusia (Grecia), Castres (Francia), Benevento (Italia) y Spalato (Dalmacia). La llegada a Bari de la reliquia con el brazo de san Vicente se explica por la ocupación almorávide de Valencia, el 5 de mayo de 1102. Esa reliquia procedería de San Vicente de la Roqueta. El obispo Jerónimo de Périgord había abandonado la ciudad del Turia con Doña Jimena, el cadáver del Cid y las tropas castellanas. Su sucesor, Teudovildo, aprovechó la excusa de una peregrinación a Tierra Santa para llevarse el brazo de San Vicente. Los almorávides no debieron poner impedimento alguno pues con ello perdía una de sus señas de identidad la mozarabía valenciana. El propósito de Teudovildo era donarlo al Patriarcado de Jerusalén, pues en 1099 los cruzados habían entrado en la Ciudad Santa. La muerte sorprendió a Teudovildo en Bari. La reliquia quedó en manos del obispo de esa ciudad, Elías, quien falleció en mayo de 1105. En 1970 los propietarios de la reliquia devolvieron el brazo incorrupto de san Vicente a la catedral de Valencia, en cuya girola se venera (SORIANO, 2000, 34-35).



La muerte de Gundemaro (612) inaugura lo que será el último siglo de existencia del reino visigodo de Toledo. El nuevo rey, Sisebuto (612-621), se embarca inmediatamente en una ambiciosa campaña militar contra las posesiones hispánicas de Bizancio, empeñado en aquel momento en una durísima guerra contra el persa Cosroes II. A pesar de que en 615 Sisebuto ofreció de manera inesperada la paz al Imperio, tal vez conmovido por la masacre de cristianos llevada a cabo en Jerusalén por el persa el año anterior, lo cierto es que sus acciones militares permitieron a su sucesor Suintila (621-631) asestar el golpe de gracia a la provincia bizantina de *Spania* al conquistar y arrasarse su capital, Cartagena (625). Sintomáticamente, Suintila ya no acuñará en Sagunto, sino en la misma Valencia, lo que indica el alejamiento definitivo del frente hacia el sur y el fin de la amenaza que suponía para nuestra ciudad la proximidad de la frontera con los bizantinos.

Triente de Suintila. Biblioteca Histórica, Universitat de València.

El final de la ciudad visigoda

[ANTONIO C. LEDO –UVEG–]

La muerte de Gundemaro (612) inaugura lo que será el último siglo de existencia del reino visigodo de Toledo. El nuevo rey, Sisebuto (612-621), se embarca inmediatamente en una ambiciosa campaña militar contra las posesiones hispánicas de Bizancio, empeñado en aquel momento en una

durísima guerra contra el persa Cosroes II. A pesar de que en 615 Sisebuto ofreció de manera inesperada la paz al Imperio, tal vez conmovido por la masacre de cristianos llevada a cabo en Jerusalén por el persa el año anterior (GARCÍA MORENO, 1989, 149), lo cierto es que sus acciones militares permitieron a su sucesor Suintila (621-631) asestar el golpe de gracia a la provincia bizantina de *Spania* al conquistar y arrasar su capital, Cartagena (625). Sintomáticamente, Suintila ya no acuñará en Sagunto, sino en la misma Valencia, lo que indica el alejamiento definitivo del frente hacia el sur y el fin de la amenaza que suponía para nuestra ciudad la proximidad de la frontera con los bizantinos.

A partir de los reinados de Sisebuto y Suintila se hace muy difícil seguir el proceso histórico de la mayor parte del territorio valenciano. Pero el mismo silencio de las fuentes escritas permite suponer una etapa de relativa tranquilidad y de una completa integración en el reino de Toledo. Lejanos ya los tiempos de la práctica independencia de la centuria anterior, la elite hispanorromana consideraría a la monarquía goda, al menos, como un marco adecuado para la realización de su inveterado papel de dominio social. Desde el III concilio de Toledo, los obispos perdieron el margen de autonomía política que conservaron mientras el Estado era oficialmente arriano. Pero la nueva situación conllevó la ampliación de las antiguas o la aparición de nuevas funciones de gobierno terrenal. El estudio de las actas conciliares demuestra la absoluta sintonía entre los cuadros dirigentes de la Iglesia católica y la nobleza laica, en realidad un único grupo social. El aumento de la importancia del obispo, a pesar de la cada vez más habitual intervención regia para la provisión de sedes, explica que desde finales del siglo VI y durante todo el VII diversas ciudades peninsulares incrementen de manera muy significativa el número y la calidad de sus edificios religiosos (GARCÍA MORENO, 1990, 244-249). Tal y como se estudia en otro apartado de esta misma obra, *Valentia* no escapa a esta norma, adquiriendo el conjunto episcopal de la ciudad cierto tono monumental en esta época (RIBERA, 2008b, 407ss). En esta misma línea de magnificencia arquitectónica es necesario hacer referencia a la denominada *villa áulica* del Pla de Nadal (Riba-roja de Túria). Se trata de un riquísimo complejo en el que, a pesar de los graves destrozos sufridos hace unas tres décadas, debidos en buena parte a la imperdonable dejadez de las autoridades culturales del momento, se ha podido determinar la existencia de una gran residencia señorial organizada en torno a un peristilo central con posible exedra de aparato. Estos detalles, junto con la gran riqueza escultórica y arquitectónica documentada (JUAN-ROSSELLÓ, 2003, 181-183), hacen del yacimiento del Pla de Nadal uno de los más importantes conjuntos arquitectónicos del siglo VII a nivel peninsular y un ejemplo perfecto del gran poder económico alcanzado por un miembro de la aristocracia hispanogoda que, dados los poco más de veinte kilómetros que separaba su lujosa residencia de *Valentia*, estaría vinculado a la ciudad de alguna para nosotros desconocida manera.

Los miembros de esta elite hispanogoda serían casi en exclusiva los destinatarios de los diversos materiales de importación documentados arqueológicamente en nuestra ciudad: últimas producciones de cerámica *sigillata* africana, ánforas de vino de Palestina o Siria, ungüentarios, etc. (RIBERA-ROSSELLÓ, 2003, 110). En muchos casos, el comercio de importación estaba dominado por mercaderes de procedencia oriental, entre los que destacaban los judíos. Y a pesar de que no se ha podido documentar la existencia

de una colonia judía en nuestra ciudad durante el periodo visigodo, su existencia en la vecina *Saguntum* (GARCÍA MORENO, 1989, 151 y 275ss) permite sospechar que bien pudo existir su equivalente en *Valentia*, una urbe que, como hemos visto, estuvo animada hasta las vísperas de la invasión agarena por la llegada y comercialización de productos exóticos.

Si bien todos estos elementos permiten intuir que la Valencia del siglo VII fue una ciudad de relativa importancia en el contexto peninsular, el dato numismático, de nuevo, no hace sino corroborar tal afirmación. De las setenta y nueve cecas peninsulares documentadas antes del reinado de Chindasvinto (642-653), se pasa a veintidós a partir de las profundas reformas administrativas que este último monarca y su hijo Recesvinto (653-672) llevaron a cabo, concentrándose las emisiones a partir de entonces en las ciudades de mayor importancia (GARCÍA MORENO, 1989, 282). En la ceca valentina se emitieron dos series de trientes durante el reinado de Égica (687-702); en una de ellas aparece el rey en solitario, mientras que en la segunda aparecen los bustos del monarca y de su hijo Witiza, asociado al trono desde 694-695 (RIPOLLÈS, 2003, 140).

Las reformas administrativas de Chindasvinto y Recesvinto mencionadas anteriormente, dirigidas en buena medida a adaptar la situación a un proceso irreversible de feudalización sociopolítica, se caracterizan por la profunda militarización del Estado. Así, los antiguos *duces exercitus provinciae* de época de Leovigildo, entre los que se encontraba el de la provincia Cartaginense, a la que pertenecía Valencia desde época de Diocleciano, pasarán a desempeñar las tareas de naturaleza fiscal y judicial encomendadas anteriormente a los gobernadores provinciales o *rectores* que, muy probablemente, desaparecen ahora. En un nivel inferior, las ciudades y sus respectivos *territoria* seguirían regidos por el *comes civitatis*, con atribuciones judiciales, fiscales y militares; posiblemente, en esta misma época se extingue la figura del *defensor civitatis*, una institución de carácter exclusivamente civil documentada desde 365 d.C. y relacionada con la ya inoperante organización curial. A pesar de estos y otros intentos por mantener a flote la estructura estatal, lo cierto es que a partir del reinado de Ervigio (680-687) se pudo constatar el fracaso de las políticas centralizadoras y

En esta misma línea de magnificencia arquitectónica es necesario hacer referencia a la denominada *villa áulica* del Pla de Nadal (Riba-roja de Túria). Se trata de un riquísimo complejo en el que, a pesar de los graves destrozos sufridos hace unas tres décadas, debidos en buena parte a la imperdonable dejadez de las autoridades culturales del momento, se ha podido determinar la existencia de una gran residencia señorial organizada en torno a un peristilo central con posible exedra de aparato.



Muralla del recinto fortificado de València la Vella, en Riba-roja de Túria.



antinobiliarias llevadas a cabo. La consiguiente feudalización de la sociedad trajo consigo la primacía de los lazos de dependencia personal sobre los de carácter institucional. Problemas puntuales como los esclavos fugitivos, malas cosechas, hambrunas, epidemias de peste bubónica y las periódicas rebeliones nobiliarias minaban progresivamente la estructura de un Estado tambaleante al que un nuevo poder en plena expansión, el islam, no iba más que a darle el empujón final (GARCÍA MORENO, 1989, 170-175 y 333-335).

Desconocemos por completo el papel jugado por nuestra ciudad y las tierras valencianas en la última crisis dinástica del reino visigodo, la que enfrentó a una parte de la nobleza, unida por lazos de fidelidad a la casa de Égica y Witiza, con aquellos que habían promovido como rey a Rodrigo, antiguo *dux* de la Bética. Bien respondiendo a la solicitud de ayuda por parte de los witizanos, bien, simplemente, por aprovechar la difícil situación del reino toledano, un ejército musulmán formado mayoritariamente por bereberes y al mando de Tarik, lugarteniente del gobernador Muza, desembarca en Algeciras y derrota totalmente al ejército visigodo en la batalla del Guadalete (711).

La división interna de la nobleza goda, la marcada tensión social que padecía desde hacía años el Estado, la muerte del rey en la batalla y la inteligente progresión de Tarik hacia el norte son algunos de los factores que ayudan a explicar el rápido desmoronamiento del reino de los godos. En este contexto, algunos señores locales intentaron pactar su situación con los invasores; es el caso del conde Casio en el valle medio del Ebro, pero también es el de Teodomiro de Orihuela, seguramente *dux* de la provincia Cartaginense y pariente del rey Égica. Este Teodomiro alcanza con Abdelaziz, hijo de Muza, un acuerdo (713) por el que se reconocían los derechos de los hispanogodos sometidos a su gobierno, siempre y cuando pagasen el tributo exigido por los musulmanes a judíos y cristianos; el territorio sobre el que el noble godo ejerce su autoridad está definido en el pacto por la mención de siete ciudades, entre las que figura una *Balantala* que se ha querido identificar, entre otras opciones, con Valencia. Se ha considerado que la aparición en el mencionado yacimiento de Pla de Nadal de un grafito con el nombre *Teudinir* y de un anagrama orlado que podría transcribirse como *Tebdemir* (CORELL, 1996, 86 y 87) constituye un argumento para defender esta identificación, que, sin embargo, no parece capaz de resolver los problemas de la lejanía respecto al centro del territorio dominado por el noble visigodo, cuya ciudad más septentrional bien pudo ser Alicante, y la ausencia en el pacto de cualquier mención a núcleos de posición geográfica intermedia como Xàtiva o Dénia (GUTIÉRREZ, 1996, 223-227 y 254-256).

Se ha considerado que la aparición en el yacimiento de Pla de Nadal de un grafito con el nombre *Teudinir* y de un anagrama orlado que podría transcribirse como *Tebdemir* constituye un argumento para defender esta identificación, que, sin embargo, no parece capaz de resolver los problemas de la lejanía respecto al centro del territorio dominado por el noble visigodo, cuya ciudad más septentrional bien pudo ser Alicante, y la ausencia en el pacto de cualquier mención a núcleos de posición geográfica intermedia como Xàtiva o Dénia.

Anagrama encontrado en el Pla de Nadal que podría transcribirse como *Tebdemir*.